

EL IMPERIO DEL IRAN, CORAZON DEL ORIENTE

El día 13 de octubre del corriente 1971 tuvo lugar en Persia uno de los actos que han resultado más simbólicos para la historia contemporánea de todo el Próximo Oriente. Sobre la famosa gran plataforma de los palacios de Persépolis, que hace veinticinco siglos se erigió después de Ciro el Grande, emperador Aqueménide, el emperador actual, Mohammad Reza Shah Pahlevi, proclamó solemnemente la conmemoración de los dos mil quinientos años de una de las naciones más antiguas y duraderas de la historia universal. Luego hubo un desfile de tropas, que iban pasando vestidas sucesivamente con los uniformes de todas las épocas. Aquel acto fue completado por otras ceremonias que duraron hasta el 21, y a las cuales asistieron más de tres mil visitantes destacados, llegados desde los más diversos países. Entre ellos treinta y cuatro jefes de Estado (o sus representantes personales) de imperios, reinos o repúblicas diversas.

Vistas desde lejos las fiestas conmemorativas del país conocido desde fuera por los dos nombres confundidos de «Persia» e «Irán», pudieran creerse (erróneamente) que eran sobre todo el pretexto para una afirmación de prestigio y una ocasión de hábil propaganda del papel actual de un Estado y un pueblo en curso de intenso desarrollo. Desde luego, no puede negarse que hay mucho de cierto en tal creencia; pero también es verdad que ni la propaganda ni la jactancia han constituido los factores fundamentales. El país del Irán ha sido en muchos momentos salientes la mayor encrucijada de la vida política internacional, en una especie de rosa de los vientos entre la mayoría de las zonas vitales de Europa y Asia. Y lo mismo en los momentos de sus apogeos, que durante otras pausas de apagamientos o decadencias, el mayor valor del Irán ha sido el de la continuidad. Porque tanto el cuadro geográfico como el elemento humano nunca han dejado de durar sustancialmente con las mismas esencias.

En la antigüedad las célebres dinastías que sucedieron después de Ciro

el Grande fueron: la Aqueménide, irania pura; la Partha, que se opuso a Roma, y la Sasánida, que terminó al aparecer el Islam. Luego el Islam, que comenzó con una penetración árabe (desde Medina y desde Damasco), tomó unas formas estatales y culturales netamente irania durante el Jalifato de los Abbasíes en Bagdad (aunque dichos Abbasíes no tuviesen nada que ver con el país de Darío)... Por fin, tras una brusca pausa de invasiones tártaras y mongolas, el iranismo oficial renació con los soberanos Sefevidas, a los cuales sucedieron en el siglo XVIII los Jayares, y al final (desde 1925), la actual dinastía de los Pahlevi, fundada por Reza Jan «El Grande», padre del emperador actual.

Toda esta divagación en torno a los antecedentes es indispensable para exponer y subrayar el hecho básico de que el Irán contemporáneo cuenta con unas ventajas naturales de duración y continuidad, así como otras de posibilidades económicas y políticas que son verdaderamente únicas respecto al resto de los países enclavados entre el lado este del Mediterráneo y el semicontinente indostano.

Lo más curioso es que el actual despertar nacional de aquel país, dos veces y media milenario, ha sucedido a unos períodos unas veces dependientes y otras veces turbulentos que duraron desde el último tercio del siglo XIX hasta después de la segunda guerra mundial. Pero hacia 1952 y 1953 se iniciaron las curvas de desarrollo, que desde entonces ya no se han interrumpido.

El plan general central de dicho desarrollo ha sido el de la llamada «revolución blanca», impulsada personalmente y tenazmente por el Shah en persona. La primera piedra o piedra angular de la honda transformación fue el reparto de las tierras que poseía la Corona, y de otras tierras agrícolas de carácter estatal, entre grandes masas de campesinos desposeídos. El Shah Mohammad Reza Pahlevi tuvo luego que ejercer intensas presiones sobre varios sectores de ricos terratenientes que se oponían a las reformas; aunque poco a poco estas transformaciones se han ido extendiendo y consolidando. Hoy la reforma agraria ha hecho nacer una clase muy sólida de pequeños propietarios rurales, con tres millones de familias, que suponen unos quince millones de personas. Una proporción enorme si se piensa en que el total de habitantes es de unos veintiocho millones.

La reforma se ha ejecutado por las reagrupaciones de los campesinos, modernizados a través de 8.200 cooperativas rurales y de 220 centros comarcales de cultura rural. También ha de citarse la creación de 1.378 centros rurales de planificación familiar y de 516 unidades sanitarias regionales.

El auge económico se está completando por la creciente industrialización aprovechadora de productos naturales. En el petróleo, Irán ocupa ahora el quinto lugar mundial. Se está creando una producción de acero que utiliza hierro y carbón locales. Irán es también el mayor productor de sulfuro del mundo. La fabricación de autos, autobuses, tractores, etc., es la más intensa del Oriente. También se desarrollan los textiles. En cuanto al aumento de las zonas agrícolas y forestales (que hasta ahora sólo cubren el 25 por 100 del suelo), hay un sistema de grandes presas en construcción. Además es muy interesante el hecho de que Irán se está haciendo sitio predilecto de inversiones extranjeras, y creación de empresas estadounidenses, soviéticas, japonesas, alemanas, francesas, del Kuwait, etc. La ciudad de Teherán, con sus 3.400.000 habitantes, es sede de la Feria Internacional Asiática. Y ahora ha pasado a ocupar el papel de mayor centro financiero del Cercano Oriente. En este y otros sentidos económicos, Teherán ha desplazado incluso a Beirut, la capital libanesa.

En lo educativo y cultural general los esfuerzos no son menos notables, pues se ha triplicado el número de la población escolar; y desde 1963 hasta hoy se han fundado además 36 centros superiores, entre universidades, facultades sueltas e instituciones técnicas especializadas. En lo social, han quedado desarticuladas las antiguas estructuras de feudalismo de los grandes terratenientes rurales; pues las pequeñas fincas familiares se agrupan en cooperativas que se rigen por los «consejos de aldea», mientras las grandes fincas de cultivos extensivos tienden a ser poseídas y regidas por sociedades anónimas que obtienen fondos de ahorros bancarios. Con todo esto se ha podido decir fundadamente que el rostro del Irán moderno muestra los cambios más profundos de todo el clásico Oriente islámico.

Un ejemplo característico respecto a las normas oficiales que se siguen en los sectores públicos, como consecuencia de las reformas modernizadoras, ha sido el referente a los cuantiosos gastos originados por las fiestas del vigésimo quinto centenario del imperio. En una conferencia de prensa que dio el ministro de la Corte, explicó que ninguno de dichos gastos había estado a cargo del Gobierno, pues tanto los sectores petrolíferos como los grandes grupos industriales iraníes habían entregado libremente sumas cuantiosas.

Por otra parte, las mismas proporciones de los impulsos del actual desarrollo, tanto en lo económico como en lo social, lo cultural, etc., están siendo las que más directamente y profundamente han influido y siguen influyendo en la afirmación de unos criterios de creciente independencia en la política internacional.

Durante el primer tercio del corriente siglo, las condiciones de atraso y empobrecimiento en que el Irán había llegado a caer durante el siglo anterior, se debieron por una parte a las presiones colonistas externas (sobre todo las rusas-zaristas, y las británicas, ejercidas desde el Imperio de la India). Por otra parte, el mismo empobrecimiento había originado una debilidad física de la nación y el Estado iraníes, que eran atractivos para las mismas penetraciones extranjeras. La fundación de la dinastía actual en 1925 por un enérgico jefe militar inició unos rumbos de efectiva independencia y de radicales reformas interiores (en parte, inspiradas por los turcos de Atatürk o alineadas sobre ellas). Pero luego el fuerte y tenaz Reza Jan (o sea, Reza Shah) no pudo cumplir todos sus propósitos de autodeterminación total y definitiva para su pueblo. Como es sabido, se lo impidió la interferencia sobre el suelo iraní de las grandes potencias aliadas, que utilizaron aquello como una plataforma en su actuación guerrera contra sus adversarios del Tercer Reich.

Años después de la posguerra, el episodio ruidoso de la nacionalización de los petróleos iraníes por iniciativa del famoso gobernante Dr. Mossadeq fue algo que inició de hecho todos los empeños de autodeterminación total económico-política de muchos países próximo-orientales; pero falló en lo interiormente iraní por las dificultades posteriores que hubo para vender los petróleos incautados.

Desde el referido 1963, las nuevas normas puestas en marcha por el Shah Mohammad Reza encararon el problema general del futuro iraní dentro de unas líneas cardinales destacadas por lo objetivas y lo fríamente prácticas. Se trataba de la convicción de que la libertad de movimientos internacionales no podía obtenerse sin antes volver a montar desde el fondo toda la armazón del Estado y del pueblo iraníes. El primer instrumento material que para esto podía utilizarse era el aprovechamiento de los ingresos producidos por el petróleo para aplicarlos a grandes planes de planificación de conjunto. Ya en 1951 la entidad petrolífera italiana ENIT, que entonces dirigía Enrico Mattei, firmó con los gobernantes de Teherán un acuerdo por el cual se rompieron por primera vez los acuerdos de 50/50 entre los países productores y las empresas utilizadoras. Así Irán fue el primer país productor que pasó a ser un auténtico socio, en vez de un simple recaudador de tantos por cientos.

Posteriormente los ingresos del petróleo fueron convertidos en el principal renglón para financiar los grandes planes de la «revolución blanca» en los campos y las ciudades, con el rescate de suelos agrícolas; el surgir de las

zonas fabriles y sectores de urbanización; las políticas educativas, sanitarias, etcétera. Todo ello mientras en la propiedad y la mejor utilización de los petróleos nuevos que se fueron descubriendo, constituyó un gran factor que pasasen a depender de una entidad nacional, la National Iranian Oil Company. Así el petróleo se llama ahora allí «oro negro». Gracias a él se ha dispuesto de dinero para las modernizaciones técnicas; a la vez que Irán desempeña un papel central en una organización tan importante como la OPEC (Organización de Países Exportadores de Petróleo), en la cual ha llegado a ser el miembro más actuante.

Algunos observadores de expresión anglosajona, actuando sobre el terreno de Teherán, han cuidado de subrayar sus opiniones de que la estabilidad conseguida en lo interior es lo que más favorece los desarrollos en su política interior. En cuanto a dicha estabilidad interior, destacan que «la efectiva consolidación del poder real combinada con la parte tomada por el Shah en el proceso de modernización, destacan también para afirmar su prestigio en la arena mundial». En efecto, es evidente que el Shah figura como el primer impulsor de la «revolución blanca». Aunque sea evidente que dentro del mismo Irán subsisten varios núcleos de elementos disconformes.

Estos elementos discordantes proceden principalmente de núcleos sueltos más que de partidos o semipartidos organizados (aparte el llamado «Mardom»). De todos modos, en las últimas elecciones parlamentarias que tuvieron lugar en julio, entre el total de 268 diputados salieron 230 del bloque gubernamental «Irán Novine» («Nuevo Irán»), 37 del «Mardom» y uno independiente. Entre los gubernamentales figuran cuatro en representación de grupos minoritarios religiosos y raciales. En el senado hay 30 miembros nombrados por el Shah y 30 designados por los organismos locales, municipales y provinciales. En realidad la oposición más ruidosa proviene de asociaciones de estudiantes iraníes en el extranjero.

Por ahora la política oficial y estatal irania tiende a responder al lema de «neutralidad independiente». Irán se había alineado principalmente sobre la trayectoria de Londres y Wáshington, desde que en 1955 los gobernantes de Teherán se adhirieron al Pacto de Bagdad, que concentró el Irak y Turquía bajo sugestión inglesa. Después de la revolución iraquí de 1958, el referido pacto perdió su nombre y cambió de forma, convirtiéndose en la CENTO. Dicha CENTO sigue existiendo, pues celebró su más reciente reunión en Ankara a fin de abril; pero carece de contenido efectivo, Londres y Wáshington la habían concebido como una traba a la expansión soviética en el Cercano Oriente. Pero el final de la guerra fría y la atención secundaria

que Londres y Wáshington prestaron en menor grado a sus asociados, Turquía, Irán y Pakistán, han hecho que estos tres miembros islámicos de la endeble CENTO pongan mayor interés en el sistema que les une sólo a ellos tres. O sea la RCD, Cooperación Regional para el Desarrollo, cuya oficina central está instalada en Teherán.

En Irán ahora la «política nacional» (en lengua persa *Siyasat-e-melli*) representa conseguir ante todo que las grandes potencias mundiales dejen al país iranio trabajar en paz. Por otra parte, es evidente que esta misma neutralidad empeñada respecto a las influencias de los poderes más destacados atrae en cambio hacia Teherán los recursos y los concursos de otras naciones menos aplastantes o menos expansivas. Así ocurre con Francia, con Alemania, con el Japón, etc. A pesar de ello se mantienen las tradicionales buenas relaciones con los Estados Unidos, que siguen siendo el principal proveedor. Pero con un acercamiento a Rusia cada vez más pacífico y una intensificación de las comunicaciones asiáticas entre Irán y la URSS.

Un hecho muy significativo en el sentido de la estructuración de las posiciones y las perspectivas internacionales iránias es su creciente desarrollo teórico. Desde 1960, el estudio de las ciencias políticas se introdujo en todos los sectores de orientación superior. Y ahora se ha establecido un centro de estudios internacionales superiores, en el cual se formarán especialistas.

Las distintas facilidades que para el ensanchamiento de las posibilidades de acción exterior irania, en sus diversos rumbos, van destacando más de día en día, tienden ahora a concentrarse en primer lugar sobre las cuestiones del Golfo Pérsico. Esto no es solamente por razones geográficas inmediatas, sino también por medidas de seguridad, de equilibrio regional, de complemento de los reajustes económicos y algo también por exigencias de prestigio. Esta es una verdad reconocida incluso por varios comentaristas anglosajones que definen al Golfo como «*the most sensitive area of Iran's foreign policy*».

Ha de tenerse ante todo en cuenta que los sectores iránios más sensibles son aquellos que se refieren a su más extensa fachada marítima, que es la más vital. Las costas que dan al Caspio, aunque constituye una zona sana y bien regada, con montes y bosques, tiene sobre todo un interés regional. Pero en el golfo el Irán se asoma con 500 millas marinas de costas, cuya protección y defensa constituye un objetivo vital. Además allí están la mayor parte de las riquezas del país, tanto respecto a los petróleos que salen por el puerto de Abadán como a las grandes realidades industriales agrícolas; tanto de la provincia del Juzistán, que da directamente sobre el golfo, como de su

vecina interior, la provincia de Fars, que fue la raíz del país y su nacionalidad.

En realidad los momentos más gloriosos de los estados y regímenes más o menos iranizados que florecieron entre los siglos XIV y el XVIII coincidieron con un predominio de su hegemonía en aquellas costas, incluso hasta cerca de la desembocadura del río Indo al extremo Este. Las sucesivas conquistas portuguesas, turco-otomanas y, al final, inglesas, anularon la primacía irania sobre aquellas aguas del que se ha llamado «el Mediterráneo minúsculo», pero no la hicieron olvidar jamás.

Todo ello tuvo que convertirse en un brusco despertar de reclamaciones de los gobernantes de Teherán, cuando en Londres los gobernantes laboristas anunciaron que serían evacuadas y abandonadas las posesiones y zonas de influencia que Gran Bretaña ocupa en los pequeños emiratos del lado meridional del golfo. Posteriormente, al cambiar la dirección de la política inglesa, el Gobierno conservador de Edward Heath manifestó mucha menos prisa para retirarse, e incluso se ha hablado de que el retraso estuviese en relación con la nueva utilización de algunas bases navales de la Commonwealth en el océano Indico. Esto ha provocado protestas de los Estados locales ribereños, que tienen prisa en poder asegurar por sí mismos la protección de sus aguas. Es un interés en el cual coinciden sobre todo los gobernantes del Irán y Arabia Saudita, con otras adhesiones como las de Kuwait y Bahrein.

El motivo central del recelo común de los ribereños es el de la frase que corre por todo Oriente de que la partida de los británicos originaría en el golfo un acusadísimo «vacío de poder», y que eso pudiese tentar a Norteamérica, la URSS, los llamados «regímenes subversivos» del Oriente arabizado o, incluso, la lejana China, a querer «rellenar el hueco» en el lugar de los británicos. Por eso los ribereños del golfo quisieron retenerlo para ellos solos, sin nuevas penetraciones extranjeras.

El Irán es el país que con mayor energía y mayores motivos reclama ahora no sólo el simple relevo de Gran Bretaña en el control de las aguas internas del golfo, sino el retorno al efectivo predominio marítimo local que el poder iranio ejerció allí durante siglos. Para ello, en mayo del corriente año, fuerzas navales irania realizaron un desembarco en un sector anejo a la isla de Abu Musa, en la boca del golfo. Después, el 24 de junio, el Shah reivindicó con energía el derecho del Irán a que Gran Bretaña le devuelva en seguida todo el pequeño archipiélago de la desembocadura. Se compone no sólo de Abu Musa, sino de las islas Bani-Tamb y Tanb-e-Bozorg. Las tres

poseen un enorme valor estratégico. Los batánicos se las quitaron al Irán hace ochenta años con el pretexto de garantizar la seguridad de la navegación en un tiempo en que hubo piratas sobre las costas del Oman. Ahora ya no hay pretextos utilizables. El Shah dijo que Irán tendrá que recuperar por la fuerza lo que no se le devolviese espontáneamente.

Frente a las islas se dice que «cruza un buque petrolero cada diez minutos». Al fondo se alinean las altas cimas azuladas de los bordes de la meseta irania, de la cual son avanzadas físicas naturales. Ahora hay en ellas sólo un faro y una aldea, bajo la administración del chej del minúsculo estadillo de Ras el Jaima.

Respecto a todas las perspectivas, cesiones y relevos, es interesante comprobar que Irán posee un excelente instrumento en sus fuerzas armadas, que no son muy numerosas, pero están bien armadas y entrenadas. El ejército de tierra tiene 200.000 hombres sobre las armas, pero puede doblar rápidamente ese número y añadir 30.000 hombres de la gendarmería. La marina cuenta con unas 39 unidades de combate o de patrulla. Las fuerzas aéreas son unos 15.000 hombres, con aparatos norteamericanos (incluso «Phantoms F-4»). Hay dos años de servicio militar obligatorio.

En resumen, hoy lo mismo que en los remotos siglos en que Ciro el Grande fundó allí su primer Estado imperial, el Irán vuelve a destacar en una de las principales encrucijadas políticas internacionales de su tiempo y cada tiempo. Hay también circunstancias geopolíticas fijas, que se repiten tenazmente, aunque su significado vaya variando. Por ejemplo el de que el Irán ha sido y es algo así como «la puerta de China abierta al Mediterráneo». Por allí llegaron una vez los invasores mongoles hasta Egipto. Por allí cruzó mucho después Marco Polo yendo desde Venecia hasta Pekín. Allí pasa ahora (desde su construcción en 1970) la «vía imperial del Asia», que enlaza Afganistán con Turquía a través de todo el altiplano iranio.

Irán así se asoma hoy hacia los más opuestos horizontes, desde los rusos, estadounidenses, soviéticos y europeo-occidentales hasta los del Islam entero o los de Asia Extrema. Para sostener ese papel de encrucijada Irán necesita aumentar su zona de prestigio entre los países que le rodean. Y a la vez el Cercano Oriente necesita de la consolidación de un régimen tan firmemente concentrado como el de Teherán, para contrarrestar en lo posible la confusa falta de fijeza en los regímenes, o las intenciones y hasta las fronteras de la mayor parte de los países de aquel Oriente.